

(PC)

02-06 1/1

EL LITIGIO CON CHILE

ANEXO 1

Archivo
Nacional de
la Memoria

El diferendo limítrofe con Chile está llegando a un punto de definición. O se resuelve por la vía de las negociaciones bilaterales, por prolongadas que ellas fuesen, o se desencadena un enfrentamiento armado. Hay quienes piensan insensatamente que la guerra es la única alternativa. Rechazamos de manera categórica este punto de vista. La guerra, además de acarrear tremendas calamidades al pueblo, haría retroceder peligrosamente la economía y el desarrollo político-social de dos países que la historia y la geografía han querido hermanos. En cambio tienen todo que ganar si siguen con tesón el camino de las negociaciones directas y de la colaboración en todo aquello que sea común.

Coincidimos con el Presidente Videla que se ha declarado partidario de tal camino al firmar el Acta de Puerto Montt. Acaba, precisamente, de decir que "confiamos que se va a lograr una solución digna para los intereses de ambas naciones". Esta manera de pensar corresponde a los rasgos fundamentales de la política exterior argentina actual, contraria a la carrera armamentista, pluralista y favorable a la coexistencia pacífica. Recordamos al respecto las intervenciones del canciller Montes en las Naciones Unidas en mayo, en la O.E.A. en junio y en Belgrado a fines de julio. En esta política exterior se pueden encontrar soluciones creadoras que defiendan la soberanía nacional y mantenga abierta la vía de las negociaciones en el mejor espíritu de la Carta de las Naciones Unidas —que contiene normas precisas sobre la solución pacífica de los conflictos— y de la Conferencia de Helsinki. Es el mismo espíritu que inspiró el Acta de Puerto Montt.

Este punto de vista es compartido de una u otra manera por personalidades del mundo cultural y político y por algunos órganos de prensa que han llamado a "explorar otros caminos que los transitados hasta ahora".

En otro orden de cosas, en problema tan vital como el de la guerra y la paz no sería legítimo prescindir de la opinión pública.

No sería sensato olvidar que el enemigo principal de los pueblos de la Argentina y Chile es el imperialismo. Todo conflicto armado es negocio redondo, aunque sanguinolento, para los mercaderes de la guerra. Ni aquende ni allende de los Andes debe olvidarse que un conflicto que se trata de dirimir por las armas sería aprovechado por poderosas trans y multinacionales que pugnarían por instalarse sólidamente en el Atlántico y en el Pacífico Sur. En tal circunstancia el gobierno de Estados Unidos procuraría ser el árbitro; y el árbitro quedaría en situación dominante. Consideramos de oportuna actualidad las declaraciones del general Jorge E. Leal, quien advertía el 14 de julio que "los ambiciosos de siempre han concentrado sus intereses en esa región"; se refería al Atlántico Sur. Efectivamente, los ojos de monopolios estadounidenses y británicos están puestos sobre la Patagonia, las Malvinas, el petróleo de los mares del Sur, la riqueza ictiológica, la ruta de la Antártida y la vía estratégica que une los dos océanos. No es mera casualidad que Estados Unidos esté interesado en la creación de la OTAS (Organización del Atlántico Sur), según revelara "Mundo Color" de Montevideo de fines de mayo, cuya finalidad sería la de asegurar el control por la OTAN de importantes rutas estratégicas y el acceso a la Antártica. También sería peligrosa pérdida de perspectiva no comprender que una guerra entre Chile y Argentina se podría propagar a otros países del Cono Sur y al resto de América Latina.

Somos patriotas argentinos. Amamos árdidamente nuestra tierra, su paisaje, su gente, su idioma. Nos duelen sus problemas y luchamos por un porvenir mejor para ella. Al mismo tiempo rechazamos la planta venenosa del chauvinismo, cuya esencia es antidemocrático y retrógrado en toda la línea. Advertimos sobre las actividades de los reaccionarios de ambos lados de la cordillera que azuzan la guerra y pretenden colocar a los pueblos ante un hecho consumado. A la par que reafirmamos nuestra adhesión a la divisoria entre Argentina y Chile según el principio oceánico y nuestra convicción de que el límite entre el Atlántico y el Pacífico pasa por el Cabo de Hornos, consideramos firmemente que se debe mantener abierto el camino de las negociaciones, que tal vez sea fatigoso y largo pero que es el único fructífero. Creemos que el mejor interés nacional pasa por las negociaciones directas, la preservación de la paz y la confraternización de los pueblos de América Latina.

**Rodolfo Ghioldi, Rubens Icaro, Pedro Tadioli,
Jorge Pereyra, Irene Rodríguez, Fernando Nadra,
Oscar Arévalo.**

Buenos Aires, 12 de septiembre de 1978.